

EL CERCO DE PHNOM PENH

Diez meses después del alto-el-fuego, la «paz de Vietnam» ha causado ya cincuenta mil muertos.

UN niño que en un tenducho de Phnom Penh os recoge el cuenco de arroz para rebañarlo, mozalbetes de quince años que con una M-16 a la espalda se dirigen silbando hacia las zonas de combate, mujeres que dan el pecho a sus hijos entre cajas de municiones y ropa blanca puesta a secar al sol, soldados de aspecto guñaposo y oficiales engalonados y ventrudos: otras tantas imágenes de la vida diaria en la región de Phnom Penh, capital aislada y amenazada de asfixia militar y económica.

Con sus familias instaladas casi en el frente de batalla, porque es el único modo de poder alimentarlas mejor o peor, con sus hijos pequeños que juegan a la guerra y mueren como hombres, los soldados del Año III de la República Khmer están empeñados desde el día 15 de agosto pasado, fecha en que cesaron los bombardeos americanos, en una guerra de los pobres.

En enero de 1973, en el momento de los acuerdos de París, Camboya parecía llevar una paz de retraso. Sólo llevaba, sin embargo, una guerra de adelanto. Porque en Vietnam del Sur no han cesado realmente los combates. Poco menos de un año después de la proclamación del alto el fuego, la «paz de Vietnam» arroja ya un balance de 50.000 muertos.

Con motivo del comienzo de la estación seca, cuando en Vietnam del Sur gubernamentales y vietcongs se lanzan a la más violenta «guerra de las carreteras» desde que se firmó el alto el fuego, en Camboya se estrecha el cerco de Phnom Penh. Los khmers rojos dieron inicio el 5 de noviembre a su nueva ofensiva, y llegaron a ochocientos metros del palacio presidencial. ¿Cuál es la situación sobre el terreno?

Mapa en mano

Las tropas gubernamentales están cercadas en la capital y otras ciudades importantes de provincias unidas entre sí por una red de carreteras, la mayoría de las cuales están cortadas. Mapa en mano, un oficial republicano nos explica: «Tras su fracasado intento de tomar Kompong Cham, los comunistas cortaron la carretera que nos unía a Battambang, luego, la que enlaza nuestra ciudad con el puerto de Kompong Som». Sus dedos recorren el mapa hasta detenerse en un punto: «Ahí es donde está pasando todo». El Mekong, último lazo con el exterior, cordón umbili-

cal que une Phnom Penh a Saigón. Desde el 15 de agosto, las tropas gubernamentales no pueden ya contar con el bombardeo de las márgenes del río por los americanos, bombardeos que solían preceder en dos kilómetros a la marcha de los convoyes. El Ejército republicano dispone únicamente de cazabombarderos T-28, que sólo pueden cargar con cuatro bombas de 250 libras y que efectúan dos misiones al día. Los B-52 cargaban hasta 30 toneladas de bombas. Hoy sólo pueden conflar en los «forzadores de bloques», que, atraídos por las primas del riesgo, se aventuran por el río. En cuanto a las primas de seguros que han de pagarse en la zona de Mekong puede afirmarse que importan en algunos casos el doble del precio de los productos transportados. Con la estación seca bajan las aguas, lo que hace más vulnerables aún al fuego enemigo los barcos que suben por el río.

Eso que en Phnom Penh llaman los «insurrectos», no buscan tanto llevar a cabo un ataque directo sobre Phnom Penh cuanto aislar progresivamente a la ciudad. Bloqueo tanto más dramático cuanto que la ciudad está abarrotada de refugiados. Son ya éstos más de un millón. Sin embargo, tras la suspensión de los ataques americanos,

muchos de esos refugiados volvieron a las zonas controladas por el FUNK: «Allí, por lo menos, se puede comer».

La guerra santa

Los que quedan tienen un problema inmediato: encontrar con qué alimentarse. En tres meses, los precios se han duplicado en algunos casos. Falta el arroz. Aunque las huertas que hay en torno a la capital siguen abasteciendo a los mercados, son muy pocos los que disponen de dinero para comprar. En el mercado negro, un quintal de arroz vale 20.000 riels, mientras que el salario de un funcionario no supera los 8.000 riels.

Los camboyanos parecen ansiosos por sobrevivir y se muestran indiferentes a las cuestiones políticas. La guerra interesa sobre todo a los que tratan de negociar con ella: los oficiales que circulan en Mercedes climatizadas y se reparten el pastel de la concusión. Pero hay también los que creen en ella. Como ese oficial subalterno, al que conocí en un hangar para locomotoras transformado en hospital. Herido tres veces, está dispuesto a continuar la lucha en cuanto sane de sus heridas. «Nosotros, los khmers —me dice— no queremos el comunismo chino». Cuando le dejé, estalló la pregunta: «Pero, ¿cómo es la China?».

¿Qué perspectivas políticas hay? Tan supersticiosos como creyentes, muchos khmers siguen siendo sensibles al carisma de Lon Nol. El viejo mariscal, apenas recuperado de una hemiplejía, predica la guerra santa, la cruzada del budismo «contra el comunismo y los vietcongs ateos». Entre sus bonzos, vestidos con túnicas color azafrán, y sus oficiales,

uniformados de verde oliva, Lon Nol ya sólo confía en sus astrólogos. Continúa adoptando decisiones cruciales sobre la base de las predicciones de éstos, que no siempre se traducen en éxitos sobre el terreno. Lon Nol no es sensible ni a los argumentos políticos ni a las presiones americanas. El reciente bombardeo al palacio presidencial no parece haber afectado para nada a su convicción mesiánica.

La artificial alianza de los dos «clanes», el de Lon Nol y el de Sirik Matak, que derrocaron a Sihanuk, parece hoy de las más terribles. Frente al misticismo de Lon Nol, Sirik Matak es un negociante, un especulador. Pero la reciente dimisión «provocada» del primer ministro, In Tam, partidario del diálogo con la otra parte, ha irritado profundamente a Washington, a pesar de su sustitución por Long Boret, hasta ahora ministro de Asuntos Exteriores, conocido por sus sentimientos pro americanos. ¿Conseguirá este último sacar al Régimen de Phnom Penh de su beato inmovilismo?

Mientras tanto, en la ONU, las grandes potencias aplazaron hasta el año 1974 el examen de la representación khmer, prefiriendo quedarse a la expectativa. Kissinger no ha conseguido nada concreto en su último viaje a Pekín. Aunque se muestra favorable a un compromiso con Sihanuk, prefiere esperar a que la situación se aclare un poco, de forma que su protegido sudvietnamita, Thieu, no se vea perjudicado por la instalación en Camboya de un Régimen que le sea hostil. Principal preocupación de Washington en la hora actual: evitar a sus aliados de Phnom Penh un Dien Bien Phu camboyano. ■ PHILIPPE PONS.

Aunque Kissinger se muestre favorable a un acuerdo con Sihanuk, prefiere esperar a que la situación se aclare un poco, de forma que su protegido sudvietnamita, Thieu, no se vea perjudicado por la instalación en Camboya de un Régimen que le sea hostil.

